

Cuento

Guerra nuestra que está en las células

Our war, which is into the cells

por Andrés Vanderghem

Doi: <https://doi.org/10.20453/ah.v66i1.4536>

a Teo y a Zucel, que lo lograron

No me siento mal en este cubículo hospitalario. Mis momentos de preocupación se ven matizados por manos que atienden mis penurias y necesidades. Interactúo con sus sonrisas y explicaciones.

Sucede que soy médico y he estado en el lado de la cancha de juego en el que a ellos les toca estar ahora.

Somos anónimos, pero a medida que transcurren las horas presiento que se va tejiendo una malla de cercanía y armoniosa relación entre ellos y yo.

Es en ese momento de leve tropiezo respiratorio cuando recién percibo una añoranza que va a invadir mi mente. Es que no me alcanza el aire para sentir la plenitud usual que nos satisfacen las necesidades vitales.

Trato de no dejarme convencer por esa desafortunada sensación. Sin embargo, no puedo evitar visualizar — como si fuese una pintura impresionista de las más oníricas— los caminos estrechos por los que he trotado tantas mañanas, bordeados de olmos y robles, aspirando ese sávido frescor matutino penetrando hasta los confines más íntimos de mis alveolos.

Ahora ya me falta el alivio de una oxigenación apropiada.

El movimiento de quienes me atienden se hace más ágil. Sus rostros van mostrando sonrisas desvanecidas, ceños fruncidos, y sus manos se mueven con destreza, accionando jeringas, agujas y frascos de medicamentos.

Una fugaz sonrisa compasiva, tal vez alguna mirada penetrante y desesperada que me augura conflictos... y yo, solitario en mi lado de la cancha, un juego que va presentándose como mi posible derrota.

Las pantallas de los monitores que me rodean y reflejan mi estado vital deben de estar señalando cifras ingratas. El movimiento de mis cuidadores, todos dentro de unas escafandras, es cada vez mayor, y veo que sus manos realizan gestos y acciones cada vez más rápidos, más nerviosos, con el conjunto de tubos y llaves de las vías que supuestamente me curan y alimentan.

Todos parecen bailar al compás de un ritmo agitado, febril, tropezándose unos con otros, ya no tienen tiempo de siquiera mirarme. Más bien se dirigen entre ellos miradas intensas y su ir y venir me hace cerrar los ojos, y pensar en mi mujer y mi familia, vedados de visitarme. Así lo dicta el protocolo de seguridad y yo permanezco prisionero sin salida. Me siento invadido por una extraña corriente, un temor nuevo para mí. Traspaso los límites del pavor y me rindo a una entrega total, me dejo llevar por una placidez que me ofrece un sueño espumoso y gradual. Debo alcanzar el nirvana, supongo. He vuelto a un pasado sin fecha. Surgen personajes desconocidos y no me parece ser yo el individuo de ayer o de hace diez o cuarenta años. Hay una estructura pétrea, un suelo empedrado y gélido. Estoy aterido por el frío y desvanecido por el hambre. Alguien ha sumergido mi existencia en este calabozo tan inhóspito y me inunda la sensación de una peligrosa certidumbre de epílogo.



Asumo que tendré que caminar con pasos lentos por el empedrado que puedo ver a través de una hendidura a manera de ventana. Presumo que caminaré a empujones propinados por mis carceleros, arrastrando los pies hacia sabe Dios qué cadalso-horca, ¿gases mortíferos? Cualquiera instrumento letal parece esperarme; un yugo agobiante y cruel.

A lo lejos creo percibir las voces de aquellos que jugaban al otro lado de la cancha. Me llegan con disonancia. Alguien no ajustó el dial de la radio.

De pronto me asalta la idea de no perder esta partida, pero al esfumarse las voces vuelvo a la piedra fría. Me han traído un pocillo que contiene alguna bafía simuladora de un caldo.

Se fue el tintineo monótono de monitores y alarmas. Se han convertido en gritos sordidos. Ya no sé quién soy: quizás un ancestro doliente listo a padecer su injusto castigo.

Me parece que el camino va a iniciarse. Mis pies apenas sienten la textura fría del empedrado sobre el cual doy pasos sin convencimiento. Aún ignoro la naturaleza del cadalso, de la tortura, pero siento gente desfilando detrás de mí.

Silencio. No hay gemidos, solo el tenue ruido del frote de nuestros pies sobre el empedrado.

Ya sospecho la presencia de las duchas. Alguna vez me lo contaron.

Quiero sentir las voces del otro lado de la *net*, quisiera que la partida pudiese reanudarse, que mis ángeles en escafandra me devolvieran el aire y el impulso vital.

Todos los que jugaban conmigo parece que se han ido.

Floto en el albur incierto de un final inmerecido que no tuvo prefacio. Una película sin secuencia ni guion.

El empedrado se torna en un desierto. Dunas interminables que dan un vaivén lúdico a la arena solitaria y callada.

Mis piernas se agotan dando pasos enardecidos por el tránsito desértico. Quién seré ahora, me pregunto, sumergido en otra escena de la extraña película en la

que parezco estar. Tal vez un errante que une pueblos entregando mensajes en códigos. Llevo en las manos tiras de lana con nudos coloridos. El paisaje se hace más claro y veo que el fondo de la escena consiste en un océano precedido de una pincelada de verde.

Estoy confuso. Duchas de gas letal, caminatas sobre arenas costeras... Esto último se me antoja más apaciguador.

Mis visiones ondulan con estrofas dolorosas y un cántico de gimoteos me devuelve al calabozo. Pero ¿dónde quedaron las dunas, el verde y el mar? ¿Por qué se equivoca así el director de esta película? Nuevamente el trecho frío del empedrado hacia la nada... ¿o es *Auschwitz*?

No hay tiempo. Estoy inmerso en una escena estática de minutos o años. El tiempo se fue. No percibo ya nada.

¿Qué color tendrá el bien? Dentro del aturdimiento de escenas confusas he sentido su caricia. Me parece que es Él. El Bien. Se asemeja a un algodón benévolo, me acerca a Él y me cobija. Las piedras frías empiezan a entibiarse. Mi esencia sonríe.

Hay un toque frío sobre una de mis mejillas. Escucho un susurro. Puedo abrir los párpados. La imagen de los ángeles con escafandras se enfoca hasta lograr nitidez plena. A través de sus máscaras observo sonrisas.

Escucha, me dice uno. Me habla mediante señas. Y del artefacto sobre mi mejilla emerge una voz clara. Me dice palabras bonitas. Una serenata sin pentagramas. Un arrullo de paloma que me envuelve íntegro. Quisiera hablar, pero no puedo. Estoy invadido por un tubo en mi garganta. La voz sigue fluyendo en poemas murmurados que me llegan como dardos felices envueltos en caramelos. Ella no es poeta, pero se está inspirando para traducir el amor que me tiene y lo hace con la ingenuidad del amor primero. Ese de pubertad y esta película me gusta.

Pretendo sonreír con los ojos. Mis ángeles en escafandras retiran el aparato de mi mejilla. Uno de ellos me aprieta un brazo mirándome fijamente. Se acerca hacia mí y le oigo decir:

—Todo está bien.

Mi cuerpo se va desnudando de tubos, agujas, máscara de oxígeno y me veo libre.

Me regocija pensar que podré deambular entre olmos y robles aspirando el mundo entero. Como si el aire me fuese regalado desde la más distante estancia celestial.

La tertulia final viene ornada con colores y sabor. Mástico y degluto en esta fiesta que me hace olvidar el inmundo calabozo de la inconclusa e inusitada película.

Todavía no imagino la algarabía que ha de ser mi salida de este lugar.

Atisbando en mis instintos, adivino que saldré instalado en una silla de ruedas surcando los corredores de este hospital.

Ahora, sentado ante el jardín de mi casa, puedo decir que no me equivoqué. Sin embargo, todavía resuenan en mis oídos los aplausos de mis ángeles en escafandras. Yo atiné a juntar mis palmas y elevarlas lo más alto posible porque quise agradecer al Bien y a los ángeles en escafandras el haberme extraído del calabozo y del cadalso.

Ella está a mi lado ahora. Pero cuando terminó el pasadizo de los aplausos, fue su abrazo la primera ternura vital que me mostró mi regreso a seguir marcando días en el calendario.